

ESTUDIOS

«No temas: yo estoy contigo»

Elisa ESTÉVEZ*

De muchas maneras y en más de una ocasión, el miedo ha anidado en nuestro corazón y ha poblado nuestros espacios interiores de rumores, voces y gritos no deseados. El horizonte de futuro de los pueblos ha crujido cuando el terror y la barbarie han socavado la esperanza y han vestido de gris los caminos incipientes, las veredas milenarias. Al filo del cambio de siglo, el imaginario social dominante, cargado de agresividad y competitividad, con exceso de actividad y de fuerza, borracho de placer y de éxito, acalla los ecos de los débiles y se empeña en negar las grandes heridas de inseguridad, dolor y sin sentido que producen sus dinámicas excluyentes y selectivas.

Una mirada en profundidad a nuestro mundo nos devuelve un universo plural y desigual de los miedos que sufre el ser humano, en nuestro país y más allá de nuestras fronteras. Basta con volver los ojos a nuestro alrededor y detenerse ante los rostros de las personas con quienes convivimos, a quienes encontramos en nuestras calles, o leer y escuchar las noticias que los medios de comunicación quieren ofrecernos, para descubrir tantas situaciones que causan estremecimiento, temor e incluso pánico. El culto a las necesidades individuales, la búsqueda siempre insatisfecha de cotas más altas de bienestar, el afán de consumo inscrito en la cotidianeidad que nos envuelve, la racionalidad, frialdad y objetividad como únicos imperativos de con-

* Profesora de Sagrada Escritura. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

ducta, cierran las vías de acceso al interior de las conciencias personales y colectivas, donde anidan los temores que paralizan y ciegan, pero donde renacen también con fuerza las prácticas solidarias y de resistencia. Y, sin embargo, a pesar de todo, la realidad se impone y penetra haciéndose escuchar, clamando reconocimiento, desafiando seguridades y posibilitando nuevos espacios de humanidad, donde es posible compartir las existencias doloridas, dejándose atrapar por el potencial de vida que se esconde en ellas.

El miedo atraviesa toda experiencia humana, pero la intensidad cualitativa y cuantitativa no es siempre la misma. Todavía me estremecen hoy las palabras de un grupo de campesinos en Petén (Guatemala) cuando, como punto de partida para trabajar el tema de la humanidad de Jesús, compartieron sus experiencias de miedo en los años de mayor represión en aquel pequeño país centroamericano. Jamás habría podido imaginar tanto dolor oculto, tanto desgarramiento interior; pero, sobre todo, jamás habría intuido que de ahí naciera la fuerza para seguir amando, para continuar mirando el futuro con esperanza, para luchar por el bien de sus comunidades.

Como ésta, tantas otras historias de hombres y mujeres que esperan ser compartidas y reconocidas. Las dificultades cada vez mayores para obtener o mantener un empleo abocan a millones de hombres y mujeres en Europa a vivir en situaciones inestables y precarias que erosionan su psiquismo y desestabilizan los tejidos familiares y relacionales. Las mujeres agredidas y maltratadas por sus cónyuges tiemblan bajo la amenaza constante del miedo a ser nuevamente golpeadas o incluso, finalmente asesinadas. Las experiencias dolorosas del pasado dejan en muchas personas huellas de inseguridad y temor.

Una mirada más universal nos devuelve otros rostros ante los que no es posible volver la espalda. Pueblos enteros como Sudán se abren cada día a la existencia con el temor de no sobrevivir al hambre y la miseria. Poblaciones como Ruanda o el Congo, castigadas durante años por la violencia y la guerra, traslucen todavía hoy en sus ojos el horror de las matanzas. El miedo, compañero de camino durante tanto tiempo, ha causado heridas que sin duda necesitan ser sanadas. Emigrantes que cruzan ilegalmente el Estrecho adentrándose en un mundo desconocido que no los quiere y en el que, ocultándose, malviven.

Estos y otros muchos son los interlocutores del evangelio. Son las voces que preguntan, que buscan una respuesta que alimente sus existencias, no con teorías muy bien formuladas, sino con palabras de

vida que se entrelacen con sus pasos temblorosos, ofreciéndoles un nuevo horizonte de sentido.

La experiencia del miedo no fue extraña ni para Jesús ni para las primeras comunidades cristianas. Los textos bíblicos no sólo reflejan esas situaciones, sino que también, lo que es más importante, ponen de manifiesto el diálogo creyente que se genera a partir de ellas. Una lectura encarnada de estos pasajes nos desvela el potencial transformador que tiene la Palabra de Dios, su actualidad y vigencia para nuestro mundo actual. Acercarse y contemplar el caminar de Jesús con su pueblo, cuando atraviesa situaciones que le causan temor, en sintonía interior y exterior con los miedos que nosotros y nuestros contemporáneos padecemos, es fuente de paz y confianza, de conversión y cambio, de compromiso y acompañamiento. Cuatro son las experiencias que de esta interacción con los textos bíblicos emergen con capacidad de iluminar nuestras realidades personales y sociales. En primer lugar, el imperativo de «no temer» encuentra su fundamento en la experiencia de proximidad con el Dios misericordioso; en segundo lugar, la invitación a «no temer» se traduce en liberación de los lazos que atan; en tercer lugar, la *agonía* de Jesús en el Huerto es ejemplo de abandono y consentimiento al proyecto de vida del Padre. Por último, seducidos por el crucificado, los cristianos adquieren un nuevo *status* de vida que se muestra en solidaridad y misericordia en medio de la cotidianeidad y apostando por el bienestar de la familia universal.

1. Para tu miedo basta mi abrazo

Cuando Dios entra en contacto con las situaciones que causan estremecimiento y temblor entre la gente, asistimos ante todo a una experiencia de mutuo reconocimiento. Se abre un espacio de revelación donde Dios se desvela en su rostro misericordioso y donde las personas se descubren en la hondura de su ser.

Hombres y mujeres, en la debilidad y fragilidad de su existencia, se estremecen ante las entrañas compasivas de un Dios que, en su proximidad y cercanía, les devuelve la esperanza y la vida. Jairo, que ha clamado por su hija enferma, se siente perdido cuando le anuncian la muerte de la niña. Las palabras de Jesús, «*No temas, solamente ten fe*» (Mc 5,36), son una invitación a confiar plenamente en Jesús, en su fuerza vivificadora, dejando atrás incluso las prerrogativas que le concedía el ser padre. A Jairo se le invita a tener una fe tan audaz y

segura como la de la mujer impura a quien Jesús curó ante sus propios ojos. De ahí el retraso en llegar a su casa.

El imperativo de no temer es el imperativo de la fe. Para quien cree, y ése es el mensaje, es posible esperar contra toda esperanza. Jairo no tiene nada que temer. Jesús está a su lado. Él es más fuerte que la muerte, y su proximidad a la niña la fortalecerá y la devolverá al seno de su familia. El jefe de la sinagoga es liberado de la desesperanza y del miedo a perder definitivamente a su hija cuando se apoya incondicionalmente en Jesús. Superar esos sentimientos que perturbaban angustiosamente su ánimo ha sido posible porque, desde que acudió a Jesús, éste le ha acompañado sin pedirle nada a cambio: «se fue con él» (Mc 5,24); a la vez que le ha brindado la posibilidad de que crezca y madure su fe. El gesto del Maestro se convierte para Jairo —también para el lector/a— en la ocasión de experimentar la ternura y la querencia entrañable de un Dios que apuesta por la cercanía y el acompañamiento como medios que ayudan a traspasar la experiencia del miedo.

Quien se sienta a compartir la soledad temida de un anciano o de un joven que no encuentra sentido a su vida, quien se deja tocar por las existencias quebradas de hombres y mujeres atrapados por la droga o enfermos de SIDA, quien comulga con el destino de pueblos agobiados por el peso de la miseria y la violencia... ésos se constituyen en anunciadores de este «Dios diferente».

La narración de Marcos deja constancia, no obstante, de cuán difícil es depositar la confianza en Jesús. La incomprensión de los discípulos es una constante en todo el evangelio, que una y otra vez muestra cómo éstos no entendían el proyecto del Reino. Un gran vendaval en el lago asusta a los compañeros de camino de Jesús, que claman por su intervención. Él les reprocha su miedo (Mc 4,40). No hay palabras de ánimo, sino palabras de reprensión. Su susto no refleja otra cosa sino que todavía están lejos de adherirse al destino de su Señor. Su temor brota y se acrecienta porque, centrados en sí mismos, no quisieron recorrer el camino junto a Jesús.

La búsqueda excesiva de seguridades, el no soportar la inestabilidad y el riesgo del momento, es una llamada de atención para la comunidad marcana, que siente miedo ante las «tempestades» de la época. Es una invitación también para el creyente actual, que ha de ir más allá de las fronteras establecidas, que ha de vivir más a la intemperie, para dar cabida en la familia humana a todos los excluidos

y rechazados por el sistema. La adhesión a la persona de Jesús, la vinculación a su proyecto, es esencial para vencer todos los miedos. La clave está en traspasar la frontera del yo y adentrarse por caminos de alteridad. Dejar atrás las preocupaciones narcisistas para abrirse a la ternura y a las dinámicas solidarias que nacen cuando las entrañas se estremecen ante el dolor y el gozo de la gente.

No obstante, la potencialidad de la gracia, la inversión de los derroteros de la historia, causa también temor. No todos están dispuestos a dejar que el dinamismo de la misericordia redistribuya de un modo completamente nuevo el espacio social, recreándolo desde las víctimas. Cuando los *endemoniados* de la sociedad, como el de Gerasa (Mc 5,1-20), son restablecidos a la marcha histórica, algunos sienten que las seguridades intelectuales, políticas, económicas... fallan, que los confines en que habían encerrado la santidad y la pureza se vuelven ineficaces; y piden acciones más moderadas, más meditadas, menos arriesgadas... Prefieren seguir manteniendo las reglas de juego establecidas —quizá con ligeros retoques—, aunque sean esclavizantes, a dejarse tocar por la radicalidad compasiva del Dios encarnado (Mc 5,17).

En otro momento, y también en el contexto del lago, Jesús se presenta ante sus discípulos, incapaces de reconocerle, ofreciéndoles una palabra de aliento: «*ánimo, que soy yo; no temáis*» (Mc 6,50). Esas palabras son suficientes para que aquellos que han sido testigos de su cercanía y su contacto sanador con los excluidos del orden religioso y social dejen de gritar por el pánico. Sus credenciales no son otras que su ternura poderosa y su fuerza misericordiosa.

La exhortación a «no temer» no se traduce en pasividad ni en refugio intimista. Nada más lejos de ello. Es una invitación a comulgar con el proyecto y el destino de Jesús, a adentrarse por senderos de seguimiento, a estrechar los lazos de hermandad con toda la familia humana, comenzando por los que han quedado tirados en la cuneta. Desterrar el miedo a la existencia está vinculado a itinerarios de alteridad y solidaridad entrañable. Vivirse sin miedo implica un desarrollo inmenso en la capacidad de confiar en la presencia y la palabra de Jesús, reconocido en medio del acontecer diario.

Otra faceta del temor, y que aparece con frecuencia en los relatos evangélicos, alude a la experiencia de asombro, temor y estremecimiento que acompaña a quienes son testigos del obrar extraordinario de Dios. Su miedo reverencial y respetuoso no es sino expresión de

una gran realidad: «Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16). Esta reacción, que no nace de la angustia ni de la desesperación, es signo de la presencia y la cercanía del Dios encarnado, que se ha revestido de entrañas de misericordia con poder para anular las fuerzas destructoras de la naturaleza, la enfermedad y la muerte. La pregunta por la identidad de este compañero de camino tan singular es inevitable entre los discípulos, que acaban de ser testigos de cómo la tempestad que los aterrizzaba se ha calmado: «¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4,40). No se da una definición teórica. En medio de este, como de otros hechos, los discípulos y los creyentes descubren a Dios en la inmediatez del encuentro con Jesús, que se desvela ante ellos como Aquel que se vuelve benignamente hacia los hombres y mujeres que viven perturbados por la angustia y el dolor. Frente al temor que paraliza y hace sufrir, Jesús ofrece paz y misericordia. Frente a la desestructuración y a la inseguridad, Jesús se hace urdimbre de integración, apertura y confianza.

2. Para tu libertad bastan mis alas¹

El temor de Dios como una experiencia inherente a todo creyente constituye un aspecto esencial de la fe. A este temor son conducidos quienes, liberados de otros miedos, se adentran por los senderos del Espíritu. Se trata de un paso, un tránsito hacia otro *status* diferente, el de los creyentes en Cristo Jesús. Más aún, como dice el libro de los Proverbios, «el temor de Yahvé es el principio de la sabiduría» (Prov 1,7). Esa sabiduría, como veremos, está íntimamente ligada a la vida plena y abundante, libre de los peligros que la atemorizan.

Es importante, no obstante, comprender que no se trata de un cambio de tipo mágico. Cuando los textos bíblicos se refieren a esta dimensión de la experiencia de fe, no quieren decir con ello que se eliminen *automáticamente* los peligros internos o externos que amenazan la integridad psico-física de una persona, sino que remiten al único Señor que permite traspasar el umbral de la angustia y el miedo. Cristo Jesús se presenta como liberador de la esclavitud en que los tenía sumidos la percepción de aquello que causa daño y muerte (Heb 2,14-15). Pablo explicita en su carta a los Romanos que el regalo de la filiación está estrechamente unido a la liberación y la fraternidad. Ésa es su raíz y su fuerza dinamizadora: «No recibisteis un espíritu

1. Expresión de Pablo Neruda en su poema «Para mi corazón...».

de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡bba, Padre!» (Rom 8,14).

Estos textos introducen a los cristianos en la lógica del amor, que es capaz de superar la esclavitud de la cobardía y el miedo. Muchas de las angustias que hoy padece la humanidad están determinadas por el imaginario social predominante, que acentúa la importancia irrenunciable e insaciable de adquirir cotas individuales cada vez más altas de bienestar, prestigio, poder adquisitivo... El texto de Romanos invierte los principios y prefiere apostar por el «nosotros», por la familia humana en su conjunto. Es una invitación a dejar atrás búsquedas egocéntricas de redención personal, para incluirse en un proyecto de transformación universal, ampliando fronteras, preparando la mesa del Reino de justicia, de paz y de fraternidad.

Por otra parte, el amor y la comunión con los expoliados, los excluidos, los desheredados, es propulsora de dinámicas liberadoras que hacen una apuesta definitiva por el bienestar integral de todos los hijos e hijas de Dios. Es preciso convertirse en aprendices de solidaridad. En el seno del Dios que, siendo Padre y Madre, acoge y abraza con ternura el sufrimiento de sus hijos, se enraíza la razón de ser del cristiano, su praxis compasiva. La identificación del crucificado con los crucificados de la historia, el haber cargado en sus espaldas el dolor, el sin sentido y la muerte de todos sus hermanos, es la razón última del compromiso liberador y compasivo de los creyentes. La mística cristiana recoge con una hondura excepcional esta experiencia sapiencial: *«...muéveme ver tu cuerpo tan herido, muévenme tus afrentas y tu muerte, muévenme en fin, tu amor...»*.

3. Cara a cara con Dios

La muerte de Jesús supone el gesto último y definitivo de acogida del designio salvífico del Dios Padre-Madre, el cual se había ido verificando ya en las comidas con los pecadores, en las curaciones de los ciegos y los leprosos, en la denuncia de los abusos del poder establecido, en las enseñanzas al pueblo, en la recreación de los lazos de hermandad.

El relato de la pasión está precedido por la oración en Getsemaní. Allí tiene lugar un encuentro con Dios. Como el de Jacob, sucede en la noche. También Jesús pelea (*agonizai*) con Dios: *«Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; con todo, que no ser realice mi designio, sino el tuyo. Se le apareció un ángel del cielo que le infundió fuerzas, y,*

entrando en combate, *oraba con más insistencia. Le chorreaba hasta el suelo un sudor como goterones de sangre*» (Lc 22,42-44).

Jesús ha ido al Huerto de los Olivos acompañado de sus amigos. Sin embargo, los deja a un lado y, separándose de ellos, se arrodilla para abordar, en diálogo abierto y sincero con Dios, la hondura de sus preguntas y la tristeza que embarga todo su ser. Se encuentra ante una confrontación decisiva². El Jesús de los caminos que ha ido restañando las heridas de la gente, que ha vigorizado los cuerpos enfermos y ha devuelto la confianza y la fuerza a los que estaban extenuados en el camino, experimenta ahora angustia y abatimiento. Él es el rostro del Dios invisible, la palabra hecha carne. Por medio de Él, la gracia se ha hecho historia, y las bendiciones del Padre se han derramado sobre los pueblos. Ahora entra en combate con Dios. Aceptar y acoger su voluntad con todas las consecuencias, incluso las de la muerte, es una cuestión que se resuelve con la fuerza de Dios: «*se le apareció un ángel del cielo que le infundió fuerzas*» (Lc 22,43), pero en medio de la noche.

Desde la debilidad, Jesús se adentra aún más en el porqué de su existencia, comulga con las entrañas de misericordia del Dios Padre-Madre, abarca en un gran abrazo a la creación entera, llamada a ser casa común y mesa compartida. La hondura de su misión se revela en ese *cara a cara* con Dios. El Reino es su horizonte de sentido, y desde ahí se interpreta a sí mismo y reinterpreta el destino de la humanidad. No hay otro camino, y el Hijo amado del Padre, entregándose, renueva la Alianza.

Después de la oración, Jesús se dispone a atravesar la experiencia de la muerte para dejar paso a la resurrección. En solidaridad con la humanidad doliente, abre las puertas a la esperanza que no conoce límites, da testimonio del poder de Dios sobre las fuerzas del mal. Verifica en su cuerpo resucitado el amor y la ternura del Dios de la misericordia, que ha abrazado a todos sus hijos en el Hijo.

El significado de la muerte de Jesús subyace implícito a la afirmación del centurión: «*Verdaderamente éste era Hijo de Dios*» (Mc 15,39). La Buena Noticia vivida y ofrecida, el evangelio anunciado y

2. El término *agonía* designa «la tensión psíquica asociada frecuentemente con angustia cuando el individuo se encuentra ante una confrontación decisiva» (H. BALZ - G. SCHNEIDER, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento (A-K)*, Salamanca 1996, 80).

predicado, queda condensado en esa palabra creyente. El centurión reconoce y proclama que el crucificado es el salvador, que se ha derramado como gracia para la humanidad. Ésa es la razón de su vivir y la vereda abierta para los que, siguiéndole, quieran vivir en comunión con su trayectoria y su vida. Algo fundamental cambia en la existencia de este jefe de soldados. A partir de ese momento, ha entrado en la paradoja del Dios que se desvela como fuerza y sabiduría en la impotencia y la debilidad de un crucificado.

4. De la seducción a la solidaridad martirial

La palabra de aliento que recibe Pedro cuando es llamado al seguimiento, está entrelazada con la misión que se le confía: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,10). De este modo, ha quedado vinculado al envío de Jesús, tal como lo ha formulado Él mismo al apropiarse de las palabras del profeta Isaías (Lc 4,16-19). Ayer y hoy, son muchas las heridas de los pueblos, muchas las situaciones que les hacen sufrir y temer. Por ello, es preciso ejercitarse en la compasión, entendida no como obras piadosas o meramente asistenciales o incluso disfrazadas de un paternalismo esclavizante, sino comprendida como un principio creador y liberador que configura toda la existencia del creyente y de la Iglesia en su totalidad, encaminándola en la dirección del Reino de justicia y de paz.

Seducidos por Jesús en medio del camino, Pedro y los demás discípulos aprenderán a su lado a dejar que el sufrimiento de la gente llegue hasta sus entrañas, conmoviéndolas. Habiendo hecho suyo el sufrimiento ajeno, sus manos serán mediadoras de misericordia y de liberación: «*No tengo plata ni oro; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazoreo, ponte a andar. Y tomándole de la mano derecha le levantó*» (Hech 3,6). Lo que estuvo presente en el inicio como origen fundante, se mantiene como principio orientador de su actuación en el futuro. La Iglesia apostólica se enraíza firmemente en la praxis compasiva aprendida de Jesús, la cual marca la dirección de su itinerancia y de su compromiso en la historia.

Ahora bien, la Iglesia no ha de olvidar que la historización del principio-misericordia le supuso la muerte a Jesús y la persecución y el martirio de los suyos. No hay otro camino para quien desenmascara la mentira, para quien desata los lazos opresores, para quien incluye en la familia a los desheredados y malditos. Así se lo anuncia Jesús a sus discípulos, al mismo tiempo que les anima a no temer: «*No les*

tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse... Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede destruir alma y cuerpo en el fuego eterno» (Mt 10,26,28).

Denunciar las causas sociales que provocan el miedo de millones y millones de personas en el mundo, comprometerse en proyectos y prácticas alternativas que desmontan los engranajes de un sistema mundial montado sobre la eficacia, la indiferencia, el poder y la riqueza, implica irremisiblemente «ser apartados», sufrir oprobios, calumnias e incluso la muerte. Bien lo han sabido los mártires de todas las épocas, también los de hoy. Permanecer junto a las víctimas cuando se pierde prestigio, cuando amenaza la pérdida de empleo, cuando los «espacios privados» desaparecen, cuando la angustia y la desesperanza se cueñan por las rendijas del propio ser, cuando disminuyen los niveles de bienestar... no es nada fácil. Así lo expresaba Monseñor Juan Gerardi, asesinado en Guatemala después de presentar el informe REHMI, que sacaba a la luz el drama vivido por la población guatemalteca, y donde la gente pudo romper el silencio y narrar la angustia de los miles de muertos, desaparecidos y torturados durante 36 años de conflicto armado: *«Este camino estuvo y sigue estando lleno de riesgos, pero la construcción del Reino de Dios tiene riesgos, y sólo son sus constructores aquellos que tienen fuerza para enfrentarlos»*³.

Quien se vive de esta manera, como Jesús, se adentró en una profunda experiencia de libertad que es capaz de resquebrajar los ciclos de violencia y de muerte y abrir espacios de esperanza, de paz y de justicia, aunque eso suponga perder la vida. Ha interiorizado y ha demostrado con su praxis que la dignidad de toda persona humana es un derecho inalienable. Su existencia es una afirmación incontestable del valor de la vida para Dios: *«No temáis; valéis más que muchos pajarillos»* (Lc 12,7).

Reflexiones finales

Los escritos del Nuevo Testamento dejan constancia de que el miedo y el temor no son buenos compañeros de camino. La praxis de Jesús

3. Del discurso de Monseñor Juan Gerardi con ocasión de la presentación del informe REHMI en la catedral de Guatemala, 24 de Abril de 1998.

muestra su compromiso por erradicar las situaciones que atemorizan a las personas, anulando el poder que tienen el dolor, la enfermedad o la muerte. Comienza siendo una liberación de los peligros que amenazan la integridad de las personas, pero alcanza su desarrollo final cuando se convierte en libertad para la comunión. A esta tarea son invitados los discípulos y discípulas, que no siempre se encuentran dispuestos a ello. Aquí los textos bíblicos nos hablan del miedo al seguimiento. El Señor les reprocha su temor, exhortándoles a la conversión definitiva a su Persona y su misión.

La Iglesia descubre en la vida de Jesús el paradigma que ha de guiar sus pasos para afrontar los miedos que acechan la existencia de tantas personas y grupos humanos. Frente al miedo que anula y destruye a las personas, Jesús ofrece cercanía y proximidad. Hace de sus encuentros y curaciones un ejemplo de acompañamiento radical, entrando a tocar sin defensas la vulnerabilidad ajena. El «Dios de la compasión», en un ejercicio de alteridad permanente, sale al encuentro de la humanidad doliente, la fortalece y la devuelve como gracia para la historia.

Se escucha en el fondo de los relatos evangélicos una llamada ineludible a la conversión, a la confianza plena en el Dios que confía. Una llamada a salir de un ensimismamiento estéril, a traspasar las fronteras excluyentes. Se deja sentir igualmente una invitación a optar por «menos» para que otros tengan «más». El bienestar de toda la familia de hermanos es el criterio definitivo de actuación.

La Iglesia sabe que, apoyada en el Dios que la fortalece, es posible inaugurar nuevas sendas de acompañamiento con los que padecen dolor y miedo, ofreciendo y devolviendo confianza, deteniéndose a escuchar y curar, reconociendo y amando el rostro de los que están tirados en el camino y, en definitiva, entregando la vida. La dinámica de la fraternidad y la solidaridad, enraizada en una profunda conmoción de las entrañas compasivas, rompe los círculos narcisistas y abre a la esperanza en un futuro de hermandad.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Rosino Gibellini

**La teología
del siglo XX**

Sal Terrae

**Presencia
teológica**

En un importante debate filosófico sobre *El futuro de la Ilustración*, Johann Baptist Metz advertía a los filósofos presentes que la cultura de la Ilustración, como cultura de la libertad, de la democracia y de los derechos humanos, si quiere tener futuro, debe abrirse a las aportaciones que puede ofrecerle la memoria del Dios de la tradición bíblico-cristiana, «la cual todavía hoy permite hablar de humanidad y de solidaridad, de opresión y de liberación, y protestar contra una injusticia que clama al cielo».

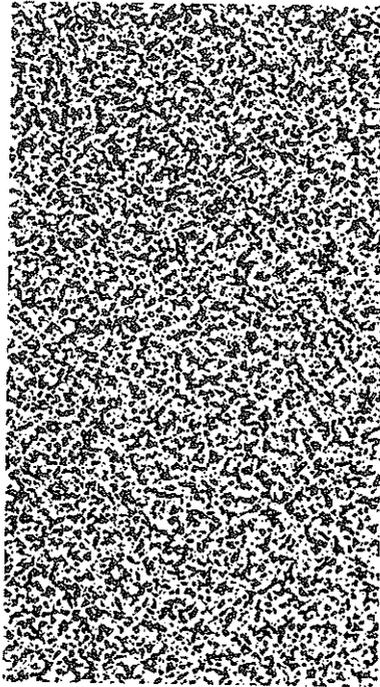
En este estudio se pretende una reconstrucción global de la historia del pensamiento cristiano del siglo XX en sus momentos más significativos, en sus temáticas más comprometidas y en los textos esenciales que jalonan su recorrido. Las «teologías» que van sucediéndose de capítulo en capítulo deben verse como perspectivas sobre el objeto incomparable y co-envolvente (Barth) del Misterio y de la Revelación (el tema propio de la teología) en el contexto experiencial, cultural y social en que se va articulando sucesivamente la reflexión teológica de nuestro siglo.

632 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 5.500 ptas.

sal terrae

REVISTA DE TEOLOGIA PASTORAL



Separata: SALTERRAE, Octubre, 98
Autor: ELISA ESTEVEZ
Título: "NO TEMAS: YO ESTOY CONTIGO"

